



## En torno a la crisis del socialismo real. Algunas notas historiográficas

Ricardo M. Martín de la Guardia  
Guillermo Á. Pérez Sánchez  
*Universidad de Valladolid*

La crisis del sistema del socialismo real y consiguiente caída de los regímenes comunistas en la Europa del Este, la desintegración de la Unión Soviética y la ruptura y guerra en la Federación Yugoslava obligaron a los historiadores y demás especialistas en estas cuestiones a revisar sus planteamientos sobre el origen, contenido y evolución de dicho sistema y a ampliar además los campos de interés de las investigaciones y estudios realizados a partir de finales de los años ochenta. Ello ha hecho posible un *corpus* considerable de monografías y obras generales sobre el proceso abierto con el triunfo de lo que Ágnes Heller y Ferenc Fehér denominaron las «revoluciones gloriosas» de 1989.

Estas notas historiográficas pretenden comentar algunas de las obras más significativas aparecidas en los últimos años en los tres campos anteriormente señalados: la cuestión alemana, la desmembración de Yugoslavia y las transiciones hacia la democracia y la economía de mercado en el antiguo bloque soviético.

### *1. Notas sobre la crisis final de la República Democrática Alemana y la reunificación*

La historiografía de estos últimos años ha prestado una atención muy especial al final de la República Democrática de Alemania, el «Estado de los obreros y de los campesinos», como proyecto de construcción de una alternativa socioeconómica y política real a la República Federal. Las razones son múltiples: no se trataba de una más de las democracias populares del Este de Europa, sino que, todavía a fines de la década de los ochenta, Alemania representaba el símbolo más claro de la pervivencia de la guerra fría, de la *gespaltene Land*, ese territorio quebrado, escindido, bajo la influencia de los dos bloques que emergieron tras la Segunda Guerra Mundial. El interés propio de los especialistas en estudios interalemanes en explicar cómo repercutió la política germanooccidental sobre la debacle final de la RDA, se unía a los análisis que evidenciaban en los años ochenta la pérdida de legitimidad del Estado-Partido

forjado por Ulbricht y Honecker, el fiasco de la economía planificada — a pesar de la insistencia con que la propaganda interna exponía la viabilidad del proyecto socialista— o el descenso de los niveles de vida de la población. El proceso, no debe olvidarse, se precipita al llegar Gorbachov al poder con unas ideas reformistas que contradecían las tesis defendidas desde Berlín Este.

Algunas de las cuestiones más debatidas sobre la crisis y desaparición final de la RDA están en relación con la contestación interna al régimen, asunto éste enmarcado en los análisis politológicos e historiográficos sobre el sentido, influencia y desarrollo de la disidencia en los Estados totalitarios. Así, numerosas monografías han abordado el estudio del *Bürgerbewegung*, el movimiento cívico que se manifestó públicamente, sobre todo en los años setenta y ochenta, a través de una pluralidad de formas que iban desde la Iglesia Luterana o los movimientos ecologistas hasta los grupos renovadores dentro del *Sozialistisch Einheitspartei Deutschlands*, el Partido hegemónico, o la posición del mundo intelectual. En efecto, las difíciles relaciones de la Iglesia Evangélica Luterana con el Partido-Estado, con enfrentamientos motivados por sus diferentes concepciones educativas, y el nacimiento y desarrollo de una contestación al régimen dentro de estos movimientos evangélicos, con una proyección hacia el exterior en aumento, aparece exhaustivamente tratado mediante multitud de fuentes directas por Gerhard Besier, quien, después de haber publicado numerosos artículos sobre aspectos particulares de esta cuestión, dio a la estampa en 1993 *Der SED - Staat und die Kirche* (München, C. Bertelsmann Verlag).

En relación con el mundo de la cultura, las complejas y a menudo contradictorias actitudes de los intelectuales alemanes respecto a la República Democrática han generado —y continúan haciéndolo en la actualidad— un debate arduo sobre la responsabilidad de aquéllos en la legitimación de la dictadura del *SED* (Geyer, M.; Hallberg, R. von [eds.], *The Responsibility of the Intellectuals: State Security Services and Intellectual Life in the former GDR*, Chicago, 1994); así como sobre la fundamentación cultural del Estado germano-oriental y la oposición intelectual interna. A la espléndida recopilación comentada de J. R. Groth, en la que incluye documentos, fragmentos de obras, declaraciones, etc., sobre el ámbito cultural y disidente (*Widersprüche. Literatur und Politik in der DDR 1949-1989. Zusammenhänge, Werke, Dokumente*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1994) debemos unir la obra de M. Jäger, *Kultur und Politik in der DDR. Ein historischer Abriss*, Köln, Kohlhammer Verlag, 1994, en la que, después de años de investigación, se analizan las peculiaridades de los vínculos entre política y cultura en Alemania del Este bajo la perspectiva antes comentada.

Los movimientos contestatarios coincidían, en uno u otro sentido, en la necesidad de transformar las estructuras del poder, lo mismo que ocurrió en



otras dictaduras comunistas del Este de Europa, si bien en el caso particular de la RDA las masas populares tendieron a aunar la crítica al sistema con un sentimiento fortalecido de pertenencia a una sola nación alemana, en el que intervino no sólo el sentir profundo sino también una conciencia pragmática: los alemanes orientales querían alcanzar los niveles de vida occidentales con la mayor prontitud posible. Era el *DM-Nationalismus*, como despectivamente lo calificó Jürgen Habermas. A este respecto, podemos citar la obra de Otto Dann, *Nation und Nationalismus in Deutschland 1770-1990* (München, C. Bertelsmann Verlag, 1994), donde este reconocido especialista analiza la permanencia inequívoca de un sentido nacional entre los grupos sociales de las diferentes concreciones territoriales alemanas a lo largo de la historia contemporánea.

La caída del Muro de Berlín y el rápido proceso de reunificación alemana mostró la precariedad de las lealtades hacia la RDA y obligó a los especialistas a preguntarse sobre el comportamiento individual y colectivo de los germanoorientales ante las instituciones del Estado. Como ha escrito Mary Fulbrook, catedrática de Historia de Alemania en University College de Londres, en *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR 1949-1989* (Oxford, University Press, 1995), su intención era «comprender los caminos por los cuales los alemanes del Este de diferentes clases, generaciones y opiniones políticas percibieron y desempeñaron un papel en las formas políticas de un Estado que existió durante cuarenta años», porque, según la autora, el rápido desmoronamiento del Estado y su incorporación a la RFA puede hacernos olvidar la impronta en las formas de pensar y de actuar de un sistema de organización política y socioeconómica que duró más que la República de Weimar y el III Reich juntos. En esta línea interpretativa, el libro no es una historia cronológica de la República Democrática, sino un intento de explorar la vida interna del país poniendo de manifiesto cómo la dictadura del Partido-Estado se concretó no sólo en determinadas instituciones u organismos, o en la conformación de tal o cual política, sino también en la actitud general de la población ante la vida. Así, en las tres partes de la obra («Los contornos de la dominación», «Los modelos de sumisión y de disidencia» y «Los cambios en la dominación») se analizan el carácter del poder ejercido por el *SED*, las fuerzas sindicales, las formas de represión, la influencia de las iglesias, el sentimiento de inseguridad, los miedos colectivos y otras cuestiones; para ello la autora ha trabajado con numerosas fuentes como el archivo de los sindicatos, el archivo central del *SED*, el de la *Stasi*, o el de la Oficina Estatal de asuntos eclesiásticos, algunas de ellas utilizadas por primera vez en la historiografía.

Este mismo afán por replantearse los interrogantes principales de la historia de la RDA está presente en las últimas obras de Konrad H. Jarausch, catedrático de civilización europea en Carolina del Norte y uno de los autores más prolíficos sobre la historia reciente de Alemania. En *The Rush to German*

*Unity* (Oxford, Oxford University Press, 1994), Jarausch sintetiza en algo menos de trescientas páginas el proceso de reunificación, con una utilización extensa de fuentes hemerográficas y documentos inéditos de los partidos y organizaciones políticas en la fase de transición de la RDA. La síntesis es enormemente enriquecedora, acaba con tópicos sobre las relaciones interalemanas en el final de la década de los ochenta y, sobre todo, ofrece una visión de conjunto necesaria para la comprensión de la realidad alemana actual. El propio Jarausch publicó *Die Unverhoffte Einheit: 1989-1990* (Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1995), en donde expone el peligro de falsear esta historia más reciente, tendencia que observa en algunos autores cuyo objetivo parece centrarse en «renacionalizar Alemania», para lo cual las polémicas sobre la implicación de miles de personas en la policía secreta, el sentido de la *Ostpolitik* o la responsabilidad de los intelectuales en la dictadura, son cuestiones que se simplifican conscientemente para evitar una reflexión más profunda.

## 2. En busca de la claves de la crisis yugoslava

En condiciones normales, podría haberse considerado la desaparición del socialismo titoísta en Yugoslavia, simultánea a la caída del sistema comunista en toda la Europa del Este, como una consecuencia más de las «revoluciones gloriosas» de 1989, dentro de la lógica del proceso de crisis sufrido en el antiguo bloque comunista. Pero la desintegración traumática de la Federación Yugoslava, además de sorprender a una opinión pública escasamente informada sobre estas cuestiones, obligó a los científicos sociales en general y a los historiadores en particular a buscar las claves de la oposición que desde el siglo XIX enfrentaba a los distintos pueblos sudslavos; pueblos formados por grupos étnicos diferentes, aunque tradicionalmente próximos entre sí, y pertenecientes a civilizaciones diversas desde el punto de vista cultural, lingüístico y religioso, forzados a formar parte en 1918 de la «primera» Yugoslavia —el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos— y de la «segunda» en 1945, en ambos casos sin previa consulta ni aceptación por parte de los interesados.

Las conocidas palabras del político francés Edouard Herriot pronunciadas en 1931 —«Yugoslavia no está tan unida como podríamos desear. No se reparan en unos años las consecuencias de varios siglos»—, demostraban que la oposición continuaba durante los años de entreguerras. Dicha reflexión mantenía su validez sesenta años más tarde, en el momento de ser enterrada la «segunda» Yugoslavia, y con ella el propio ideal «yugoslavista», víctima de toda una serie de conflictos de tipo nacional, étnico, religioso o ideológico. Esta evolución dispar y poco armoniosa de los eslavos del sur ha sido objeto del estudio de multitud de especialistas, sobresaliendo las aportaciones realizadas por Georges Castellán, uno de los máximos expertos de la historia mo-



derna y contemporánea de los Balcanes, uno de cuyos libros, *Le monde des Balkans. Poudrière ou zone de paix?* (París, Vuibert, 1994), es de obligada consulta para comprender el rompecabezas balcánico en general y yugoslavo en particular.

Desde la desaparición de la «segunda» Yugoslavia, víctima de la intolerancia, y en medio del horror de la guerra, los historiadores y estudiosos del mundo de los Balcanes no han dejado de plantearse importantes preguntas. Para empezar: ¿cuáles han sido los factores que impidieron la consolidación de un Estado yugoslavo unido, prototipo de una comunidad pluriétnica y pluriconfesional? Según el libro del historiador serbio Dusan T. Batakovic, *Yugoslavie. Nations, religions, idéologies* (Lausanne, L'Age d'Homme, 1994), la ruptura traumática de Yugoslavia, que clausuraba la vieja utopía yugoslavista de unidad, se explicaba justamente por la existencia de una pluralidad muy extrema que, si podía presentarse en mundos política, económica y socialmente desarrollados como la mejor prueba de convivencia armoniosa y fructífera, en la península de los Balcanes desvirtuó, por la «maldición de las pequeñas diferencias» —étnicas, religiosas, nacionales o ideológicas—, el legítimo derecho a la diferencia, haciendo imposible la consolidación de la unidad estatal yugoslava.

Otro interrogante trata de precisar si la clave del conflicto permanente entre las partes en litigio radica en la propia aparición de Yugoslavia. En un primer momento el debate se centró estrictamente en el hecho de haber nacido, sobre todo después de los importantes libros de François Fejtö (*Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie*, Paris, Lieu commun, 1988) y Jean Bérenger (*Histoire de l'Empire des Habsbourg, 1273-1918*, Paris, Fayard, 1990), cuyas tesis hacían hincapié en el error que supuso crear pequeñas Austria-Hungría —como sería el caso de Yugoslavia—, forzando la desaparición del Imperio de los Habsburgo sin que ello creara unas mejores condiciones para la paz, la justicia y la libertad de los pueblos del centro y sureste de Europa.

Más adelante, sin embargo, la cuestión se centró en el nacimiento demasiado prematuro o demasiado tardío de Yugoslavia. Aquellos estudiosos, como Joseph Krulic en su obra *Histoire de la Yougoslavie, de 1945 a nos jours* (Bruxelles, Editions Complexe, 1993), explican la inviabilidad del Estado yugoslavo basándose en la segunda afirmación, «la fragilidad de Yugoslavia, vendría, en primer lugar, por su juventud»; lo mismo se deduce de las aportaciones de otros autores como Bernard Féron, en *Yugoslavie, origines d'un conflit* (Paris, Le Monde-Editions, 1993), sin olvidarnos de la obra colectiva dirigida en 1992 por Jacques Rupnik, *De Sarajevo à Sarajevo. L'échec yougoslav* (Bruxelles, Editions Complexe), que cuenta con importantes aportaciones, por ejemplo, la de Natacha Rajakovic sobre «Las



ambigüedades del *yugoslavismo*». Por su parte, quienes piensan que Yugoslavia nació antes de tiempo, sostienen argumentos radicalmente distintos: si son serbios, defienden que el Estado común sólo debió formarse tras realizar la unidad de todos los serbios de la península; y, si son croatas, argumentan que tal formación les impidió la consolidación de un Estado propio.

Otros trabajos emplean la paradoja para explicar lo que significó para las distintas comunidades sudeslavas el nacimiento de Yugoslavia. Así, el final de la Gran Guerra aceleró el proceso de unificación bajo predominio serbio cuando ya era demasiado tarde y la identidad nacional de serbios, croatas y eslovenos se había forjado fuera del marco del Estado unificado, impidiendo —como demuestra Paul Garde en su libro *Vie et mort de la Yougoslavie* (Paris, Fayard, 1994)— la creación de una identidad yugoslava común con respeto a las particularidades de todos sus pueblos.

Como ha demostrado Batakovic en su libro ya citado —*Yougoslavie*—, después de la Segunda Guerra Mundial, a las tradicionales rivalidades de tipo étnico, nacional, social, cultural o religioso, se unieron las ideológicas, atizadas por la teoría de la lucha de clases del totalitarismo comunista, que al descomponerse el régimen titoísta reprodujeron los enfrentamientos seculares entre comunidades hasta acabar definitivamente con el Estado yugoslavo común. De las causas de la ruptura y del estallido de la guerra y los sucesivos y fallidos planes de paz intentados en la antigua Yugoslavia trata el libro de Laura Silber y Allan Little, *The death of Yugoslavia* (London, Penguin Books-BBC, 1995). Estos autores, además, inciden en las claves del fracaso de los planes de reforma del Estado acometidos desde finales de los años ochenta, claves que, a su juicio, deben buscarse en la pérdida de conciencia nacional y en el grado de descomposición del poder comunista; resaltan, además, las responsabilidades de los dirigentes serbios, con Milosevic al frente, en el proceso de desintegración nacional, cuando a partir de 1989 forzaron la legalidad constitucional en beneficio exclusivo de Serbia.

La cuestión de la guerra en la antigua Yugoslavia, de sus causas y responsabilidades, tanto internas como externas, sigue siendo objeto de controversias y debates académicos y políticos. Si nadie duda que el estallido del conflicto bélico otorgó a la crisis yugoslava un carácter peculiar en relación con los demás países del Este de Europa —Joseph Krulic sostiene, en la obra ya citada *Histoire de la Yougoslavie, de 1945 a nos jours*, que «lo que singularizó la evolución yugoslava entre 1989 y 1991 no fue la descomposición, sino la guerra»—, más problemático resulta cómo definir dicho conflicto, establecer su causalidad y la delimitación de responsabilidades.

Una primera aproximación a todo ello aparece en el libro colectivo dirigido por Véronique Nahoum-Grappe, *Vukovar, Sarajevo... La guerre en ex-Yougoslavie* (Paris, Éditions Esprit, 1993) y, sobre todo, en la obra de Hans Stark, *Les Balkans. Le retour de la guerre en Europe* (Paris, Ifri, 1993). Es en el trabajo de Stark en donde se señala el doble rostro de la guerra en la antigua Yugoslavia: por un lado, se trataría de una guerra civil, aunque particularmente violenta y cruel por las prácticas de exterminio masivo de poblaciones o de «limpieza étnica»; y por otro, de una «guerra de conquista» entre países enemigos. En cuanto a los procesos de «limpieza étnica» como objetivos de guerra en la antigua Yugoslavia, que fueron utilizados en algún momento por todas las partes en conflicto, aunque fueron los serbios quienes lo utilizaron en mayor medida y durante todas las fases de la guerra, contamos con valiosas aportaciones documentales de obligada consulta, por ejemplo, la realizada por Mirko Grmek, Marc Gjdara et Neven Simac con el título *Le nettoyage ethnique. Documents historiques sur une idéologie serbe* (Paris, Fayard, 1993) o la de «Le Nouvel Observateur et Reporter sans frontières» titulada *Le livre noir de l'ex-Yougoslavie: purification ethnique et crimes de guerre* (Paris, Arléa, 1993).

Si nos adentramos en la cuestión de las responsabilidades, Catherine Samary, en sendos libros sobre la cuestión yugoslava, *La fragmentation de la Yougoslavie* (Amsterdam, Cahiers d'Étude et de Recherche, 1992) y *La déchirure yougoslave. Questions pour l'Europe* (Paris, L'Harmattan, 1994), habla de una responsabilidad colectiva, pero no «simétrica»; rechaza, por lo tanto, las apelaciones a una «responsabilidad compartida». Siguiendo con las responsabilidades, no puede olvidarse una comunidad internacional que fue incapaz de encontrar una solución rápida y de obligado cumplimiento por todas las partes en litigio, tal como ha resaltado Mark Almond en su libro, *Europe's Backyard War. The War in the Balkans* (London, Mandarin, 1994). Para este autor, los distintos organismos y principales potencias mundiales —y especialmente la Comunidad Europea— empeñados en la resolución de la guerra en Yugoslavia fracasaron escandalosamente en el tratamiento de la crisis balcánica, y contribuyeron así a la extensión y duración de tan trágico conflicto.

### 3. Sobre algunos procesos de transición en la Europa del Este

La desintegración del bloque soviético sorprendió incluso a los más conspícuos especialistas en el estudio de los países comunistas, expertos que en los años previos a 1989 hablaban más de convergencia entre los bloques que del desplome de uno de ellos. De hecho, los estudios publicados, especialmente en los ámbitos anglosajón y francés a principios de los años noventa, abordaban la crisis final del comunismo y el inicio de las transiciones hacia la democracia y la economía de mercado de forma muy descriptiva, con un ba-



gaje teórico sólo esbozado ante lo que significaba el cierre de toda una época de la historia reciente.

Sin embargo, las investigaciones más recientes y novedosas inciden en la complejidad de estas transiciones, como se demuestra en las primeras conclusiones presentadas en 1993 por el equipo de expertos dirigido por François Fejtő con el título de *La transition en Europe. Économie privée et action publique* (Paris, La Documentation Française) o en el libro de Alain Gélédan, *Transitions a l'Est* (Paris, Le Monde-Éditions, 1995). En primer lugar, por el carácter único de las mismas y, por tanto, no asimilables a las transiciones más conocidas del sur de Europa o de Iberoamérica. En segundo término, la complejidad estriba en que los cambios atañen al conjunto del sistema político, social y económico, triple transformación cuyo fin, según Claus Offe, es asentar en los antiguos países del bloque soviético el Estado-nación, la democracia y el capitalismo.

Las transiciones desde el sistema de economía planificada a la economía de mercado han sido objeto de multitud de estudios en estos años, dada la importancia de las mismas no sólo para el conocimiento de los hechos sino como prospectiva de futuro para el Este europeo. Bien es verdad que, al margen del indudable rigor en el tratamiento de la cuestión, una gran parte de estas obras resultaba excesivamente técnica para un lector que no fuera especialista en la materia. En la superación de este planteamiento radica el interés del libro de Jim Leitzel, *Russian Economic Reform* (New York, Routledge, 1995), que en menos de doscientas páginas explica con sencillez y propiedad la lógica interna de la economía centralizada soviética y el sentido de la planificación dentro de una estructura en cambio. El eje argumental del texto defiende que el paso al capitalismo en Rusia no parte de cero sino de una estructura mercantil débil pero capaz de servir de estímulo a las anquilosadas estructuras existentes. Leitzel propone algunos de los primeros objetivos que las autoridades rusas deberían abordar: la consolidación de las empresas privadas y de un sistema de precios libre y estabilizado, que de forma paulatina pero contundente fuera eliminando alguno de los caracteres más negros que han revestido el proceso de transición, entre ellos, las mafias industriales y la tendencia a los monopolios, el paro, la inflación, y una insuficiente asistencia social.

Por otra parte, la disolución de la Unión Soviética puso en evidencia las debilidades internas de la propia Federación Rusa. No sólo son enormes las dificultades de la puesta en marcha de una economía de mercado, como acabamos de comentar, sino que las pugnas entre la antigua elite del Partido comunista ruso y las nuevas generaciones de políticos para consolidarse en el poder, el nivel de vida generalizadamente bajo y los problemas de identidad nacional —cuyo exponente más conocido en Occidente fue el conflicto



checheno después de octubre de 1993— no permiten vislumbrar un futuro excesivamente optimista para Rusia. De ahí el interés de politólogos, economistas o expertos en relaciones internacionales por rastrear en la historia del antiguo país de los soviets las razones de la situación actual. En este aspecto, el libro editado por Amin Saikal y William Maley, *Russia in Search of its Future* (Cambridge, Cambridge University Press, 1995), hace un recorrido exhaustivo por diferentes parcelas de la realidad rusa postsoviética. Robert Miller, por ejemplo, estudia las dificultades intrínsecas del proceso de privatización de los campos agrícolas colectivizados, los mecanismos de dicho proceso y los principales beneficiarios. Amin Saikal y William Maley confirman las tesis defendidas por muchos otros analistas sobre la confusa política exterior después del nuevo pensamiento gorbachoviano. Tanto en estos artículos como en los que tratan la situación de la literatura rusa en los años finales del milenio o los vínculos de Rusia con las antiguas repúblicas de la URSS, los autores hacen notar el enorme peso de la tradición soviética en los comportamientos y actitudes de los ciudadanos, tradición que se une con fuerza a las formas de ser y estar rusas, con todo lo cual hay que contar para edificar el futuro.

Aunque las obras periodísticas adolecen en muchas ocasiones de profundidad en el análisis que proponen, la obra de David Pryce-Jones, *The War that never was. The Fall of the Soviet Empire* (London, Weindfeld & Nicolson, 1995), tiene una gran virtud al saber conjugar un estilo periodístico ameno con un enorme bagaje documental, en este caso fruto de multitud de entrevistas con relevantes personalidades soviéticas y de las antiguas democracias populares del Este de Europa. Pryce-Jones, periodista reconocido en el ámbito anglosajón, nos presenta un argumento bien tramado en las algo más de cuatrocientas cincuenta páginas de la obra donde explica las transformaciones radicales ocurridas en el bloque soviético a finales de los ochenta. El autor hace un seguimiento de la crisis en el que, junto a la descripción de los acontecimientos más conocidos, incorpora los testimonios orales que, si bien, parciales, otorgan vivacidad al relato. Ciertamente no aborda todos los procesos—en el caso soviético sólo trata los de Ucrania y los países Bálticos—, aunque sí el del resto de los países socialistas de Europa. Al ofrecer un panorama global de los hechos acaecidos en aquellos años, sobresale en el libro la visión comparada de fenómenos similares—los movimientos cívicos, la incorporación de la oposición a las negociaciones políticas, la actitud de los veteranos líderes comunistas—, así como las influencias recíprocas entre unos países y otros. Las pautas ofrecidas por el libro contribuyen, si no a un conocimiento profundo de los procesos de cambio, sí a cómo algunos de sus protagonistas los vivieron.